

ENCUENTROS



Educación y ciudadanía en la era global

Conferencia de

Fernando Savater

CENTRO CULTURAL DEL BID

Coordinación General y Artes Visuales: Félix Angel

Coordinación General Asistente: Soledad Guerra

Conciertos y Conferencias: Anne Vena

Programa de Desarrollo Cultural en la Región: Elba Agusti

Colección de Arte del BID: Susannah Rodee



El Centro Cultural del BID fue creado en 1992 por Enrique V. Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El Centro tiene dos objetivos principales: 1) contribuir al desarrollo social por medio de donaciones que promueven y cofinancian pequeños proyectos culturales con un impacto social positivo en la región, y 2) fomentar una mejor imagen de los países miembros del BID, con énfasis en América Latina y el Caribe a través de programas culturales y entendimiento mutuo entre la región y el resto del mundo, particularmente de los Estados Unidos.

Las actividades del Centro en la sede promueven talentos nuevos y establecidos provenientes de la región. El reconocimiento otorgado por las diferentes audiencias y miembros de la prensa del área metropolitana de Washington D.C., con frecuencia ayudan a impulsar las carreras de nuevos artistas. El Centro también patrocina conferencias sobre la historia y la cultura América Latina y el Caribe y apoya emprendimientos culturales en el área de Washington D.C. relacionados con las comunidades locales latinoamericanas y del Caribe, como por ejemplo, el teatro en español, festivales de cine y otros eventos.

Las actividades del Centro, a través del *Programa de Artes Visuales* y de la *Serie de Conciertos y Conferencias*, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El *Programa de Desarrollo Cultural en la Región* se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que impulsan el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La *Colección de Arte del BID*, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisféricas que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

EDUCACION Y CIUDADANIA EN LA ERA GLOBAL

Fernando Savater

La educación, clave para una sociedad democrática

Cuando me hablaron de la posibilidad de dictar esta conferencia, pensé que sin duda se trataba de un tema interesante, porque me parece que lo es, por supuesto, en Europa, pero creo que es una cuestión particularmente interesante en América. En Iberoamérica es de especial relevancia, en mi opinión, el tema de la educación en relación con la formación o preparación de personas capaces de utilizar y maximizar los beneficios de las instituciones democráticas. Es decir, no la educación entendida simplemente como instrucción, como formación profesional, como preparación para el mundo del trabajo —que es, naturalmente, una dimensión importante de ella—, sino de la educación entendida, sobre todo, como preparación de ciudadanos, como preparación de personas capaces de profundizar, de utilizar la democracia de tal modo que no se puerverta o no se desaparezca por falta de práctica o por un uso indebido.

Considero que el ciudadano de una democracia no es un producto natural, no nace como las orquídeas o como los cardos de manera espontánea, sino que tiene que ser cultivado. Creo que el ciudadano, la persona capaz de aprovechar al máximo las instituciones democráticas, es una obra de arte social o debe ser una obra de arte social y exige una preparación especial. Esto es así desde el origen de la democracia. Los griegos tenían clara la vinculación entre democracia y *paideia*, entre la democracia y la educación, la preparación y la formación de ciudadanos.

Nosotros nos hemos dado cuenta, cada vez más, de que la verdadera, la primera producción, la producción más necesaria, la producción incluso más beneficiosa para una democracia, es la fabricación de demócratas. Es decir, producir personas capaces de vivir, de convivir, de utilizar de manera crítica y creadora las instituciones democráticas: ésta es, o debería ser, la principal tarea de la democracia misma.

La conferencia *Educación y ciudadanía en la era global* se presentó en el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C., el 27 de octubre de 2003, como parte del Programa de Conferencias del Centro Cultural del BID; con la colaboración de la Embajada de España.

El peso de la ignorancia

En una de sus últimas obras, John Kenneth Galbraith —sociólogo y economista canadiense, pero que ha desarrollado la mayor parte de su carrera en Harvard—, escribe una frase que a mí me impactó especialmente cuando la leí. Dice Galbraith: “Las democracias actuales viven bajo el temor permanente a la influencia de los ignorantes”. Yo creo que efectivamente es así. En nuestras democracias, en las cuales todo el mundo realmente tiene derecho a voto y puede participar e intervenir con su aportación en la gestión de los asuntos públicos, la influencia de los ignorantes es decisiva y temible. Es decisiva porque servirá para apoyar al demagogo frente a la persona que proponga soluciones realistas; servirá para frenar las propuestas realistas que impliquen algún tipo de sacrificio, algún tipo de aplazamiento de deseos, porque no serán entendidas o comprendidas. Es decir, la ignorancia será un freno para la utilización real de la democracia. La ignorancia a la que se refiere Galbraith no es, por supuesto, la ignorancia en el sentido ingenuo del término, como lo sería ignorar datos concretos, ignorar dónde está exactamente Teherán o cuáles son los diez primeros reyes de la dinastía francesa; no se trata de datos, porque la mayoría de nosotros somos ignorantes en ese sentido. Alguna vez se ha dicho que cultura es lo que queda cuando uno ha olvidado ya todo lo demás. Entonces, es verdad que todos esos datos forman parte de las cosas que uno olvida, y la cultura es lo que queda además de esas cosas, además de todos esos datos. Porque para los datos concretos ya tenemos Internet y las enciclopedias.

La ignorancia a la que alude Galbraith es la ignorancia de los procedimientos

esenciales de relación con los demás. Es ignorante en ese sentido la persona que no sabe expresar a otros, de manera inteligible y argumentada, sus demandas sociales. Es ignorante en ese sentido el que no sabe comprender las demandas sociales argumentadas que otros le hacen, la persona que es incapaz de entender un texto sencillo que vaya más allá de la crónica de deportes del periódico, la persona que es incapaz de escribir o de comunicar por escrito ideas de cierta relevancia, de cierta profundidad. Ése es el tipo de ignorancia a la que se refiere Galbraith: la de quien es ignorante porque no puede comunicarse ni comprender lo que le comunican, porque no puede entrar en relación con los demás, en esa necesaria complicidad sin la cual no puede funcionar la democracia.

La ignorancia, como la miseria, aísla a las personas. Se habla mucho del individualismo contemporáneo y del aislamiento cultural a que algunas personas se someten voluntariamente, centrándose en su propia vida, en sus propios problemas, dado que hay una tendencia a romper lazos sociales y centrarse exclusivamente en los problemas personales. Pero el verdadero aislamiento, el aislamiento más terrible porque es inevitable, es el de la persona que está sometida a esas dos dictaduras atroces que son la miseria y la ignorancia. Y más todavía en un mundo hiperinformado como es el nuestro.

Ignorancia o información como condicionantes sociales

En el mundo actual —sin duda habrá aquí personas que conozcan estos temas mejor que yo—, las grandes diferencias de clase, las grandes diferencias sociales, no son ya,

simplemente, las que existen entre los poseedores y los desposeídos, entre los que tienen medios de producción o tierras, etc., y los que no los tienen. Naturalmente, esto sigue estando en el fondo de la cuestión; pero hoy las verdaderas diferencias de clase son las que separan a quienes tienen información de quienes no la tienen, entre los que tienen el control primero, directo, de la información y los que necesitan de otros para recibirla, aquellos a los cuales toda la información llega a través de terceros, que pueden dársela o no dársela, que pueden mediatizársela de un modo u otro. Ésa es, actualmente, la verdadera diferencia. La diferencia esencial de clase de nuestra época es la que divide entre quienes poseen la información y quienes no la poseen. Y, claro está, la ignorancia es uno de los obstáculos de la información.

Hoy decimos que en esta época recibimos más información que en ninguna otra, y es verdad. La diferencia esencial entre la educación actual y la de cien años atrás reside en que en el pasado, verdaderamente, el niño que iba a la escuela no sabía las cosas fundamentales: ignoraba, por ejemplo, los secretos del sexo, de la violencia, del poder; ignoraba prácticamente todo lo esencial de la vida, y la educación implicaba la revelación gradual de todas esas cosas. De modo que todavía hoy, entre nosotros, cuando alguien se porta con una ingenuidad extraordinaria, como si no conociera esos mecanismos turbios que hay detrás de las realidades, decimos: “Es como un niño”. Pero es como un niño de los de antes, no de los de ahora, porque ahora los niños no tienen ese problema; es como un niño antiguo.

En efecto, los niños antiguos tenían ese problema: ignoraban las cosas. Pero los niños de hoy —vía los medios de

comunicación audiovisuales, vía la televisión— han recibido información sobre cuestiones como el sexo, la violencia, los atropellos de los poderosos y otras muchas cosas; han recibido información de eso mucho antes de ir a la escuela. El niño ya está informado. La escuela, entonces, no implica la revelación de secretos, sino que enseña a manejarse dentro de un mundo de información excesiva; a jerarquizar, de alguna manera, la información que se recibe, descartar lo irrelevante o lo tramposo, profundizar en lo importante, reflexionar acerca de las informaciones discrepantes sobre las cosas. Es decir, hoy se educa no para informar, sino para enseñar a moverse en el mundo hiperinformado en que vivimos.

La influencia de Internet

Esa es la información que hoy tiene realmente la educación. Se habla, por ejemplo, de Internet; y, a veces, los gobiernos —al menos el que conozco más de cerca, que es el mío—, cuando quieren decir que van a preocuparse mucho por la educación, dicen: “Cada niño tendrá un ordenador conectado a Internet”. Está bien que un niño tenga acceso a Internet, lo mismo que tenga un bolígrafo o que lleve zapatos; son cosas útiles. Pero eso no es la educación; es una vía de información, no de educación. Y, de hecho, el Internet, la *Web*, es utilísima para aquellas personas que saben lo que pueden buscar en ella.

Si uno es un filólogo semita, o si a uno le interesa la obra de Shakespeare, por cierto, la *Web* es maravillosa, porque lo pone en contacto con personas que tienen sus mismas preocupaciones, puede intercambiar bibliografía con otros que están interesados en lo mismo. Es muy útil, y to-

das las personas que nos interesamos por algunos temas agradecemos muchísimo ese nuevo instrumento de comunicación e información que se nos ha dado. Pero quien no sabe lo que busca, quien entra en Internet con toda ingenuidad porque no conoce, no sabe, y está todavía en una etapa previa a la educación, entonces tropieza con lo que corre normalmente por allí, y —según dicen los expertos— entre el 94 y el 96% de lo que corre por Internet es pura y sencillamente publicidad. Por tanto, quien no conoce, quien no está educado, quien no sabe buscar, va de un espacio publicitario —más o menos disimulado de alguna forma— a otro. Y no hace más que deambular entre la publicidad de cosas sencillas o incluso útiles y la publicidad de horrores y crímenes. Y todo ello sin salir de la publicidad.

La hiperinformación de Internet, de la *Web*, no sólo no puede sustituir a la educación, sino que la hace más necesaria que nunca. Hoy, precisamente, en este mundo globalizado de los medios de comunicación en que vivimos, la educación es más necesaria que nunca, para no perderse en un mundo en el que la propia información se puede convertir en un instrumento de no saber, de bloqueo de saber, en vez de saber. En ese sentido, la educación actual, la educación para evitar esa ignorancia peligrosa de la que hablaba Galbraith, tiene que ser la educación que prepare para manejar información, no sólo que la transmita, y que prepare también para desarrollar la capacidad de argumentación y de persuasión.

¿Es válido cambiar de idea?

No sé si ocurre en otros lugares, pero, en general, hay cosas —cosas bastante ligadas

al ser humano— que uno conoce mejor en su cultura. Por ejemplo, en España, he visto que se siente cierto orgullo de ser impersuadible. Es decir, las personas confiesan: “Yo pienso lo mismo que a los 17 años”: ¡Noticia aterradora! Cualquiera, en verdad, debería ponerse a temblar ante un ser humano que a lo mejor tiene 60 años y desde los 17—a pesar de conocer gente, leer libros, ver paisajes, etc.— no ha cambiado nunca su forma de pensar. Lo cual quiere decir que nunca ha pensado: ni a los 17 años ni ahora. Porque es imposible que, con todos esos avatares, no haya modificado nunca ninguna idea esencial. Ha entrado en las ideas como otros entran en la religión: como un dogma. Eso, sin embargo, es muy habitual. Y parece un gran orgullo el no cambiar jamás de opinión aunque las cosas cambien, aunque se modifiquen los parámetros del mundo.

Es distinto aquello que contaban de John Maynard Keynes, el famoso economista inglés. En una ocasión, un periodista le dijo en una entrevista: “Bueno, profesor Keynes: usted, hace dos años, no decía lo mismo que está diciendo ahora. Usted decía cosas muy distintas de las que está diciendo ahora”. Y le contestó Keynes: “Pues, mire, sí. Tiene usted razón. Es que reflexioné y me di cuenta de que me había equivocado, y yo, cuando me equivoco, cambio de forma de pensar. ¿Qué suele hacer usted en ese caso?”.

Este es el nudo de la cuestión. Algunas personas, cuando se dan cuenta de que se han equivocado, cambian de forma de pensar. Pero otras no, porque les parece que eso sería una humillación. También hay personas que son incapaces de ser persuadidas y de persuadir. O sea, consideran que con establecer su derecho o sus deseos ya han terminado, han cumplido,

y no necesitan intentar argumentar, es decir, hacer comprensibles, para una persona que los comparte, los intereses o los deseos que están expresando.

Creo que, en el mundo actual, muchos de los brotes de violencia que nos preocupan y que acosan a nuestras sociedades son obra de personas que no pueden comunicar a los demás sus deseos, sus apetencias, sus intereses, ni entienden o comprenden los planteamientos de otros. En esa ruptura de la comunicación, entonces, es donde aparece la violencia —la violencia como argumento cuando faltan todos los demás, cuando no se puede comprender a otros o cuando no se puede entrar en una comprensión de los otros.

Uno de los medios para intentar desterrar de nuestras sociedades la violencia consiste en crear caracteres, por la vía educativa, que es la única que podemos manejar: que la educación genere un tipo de carácter capaz de persuadir y de ser persuadido, capaz de entrar en el mundo de la argumentación. Pero entrar en él no como una humillación, no como una concesión más o menos vergonzante a los demás, sino introduciéndonos en el mundo de la persuasión, que es el mundo de la razón democrática, porque, verdaderamente, salvo lo que es imposición, coacción o engaño en nuestras democracias, lo demás es persuasión: persuasión de unos por otros, persuasión de alguien que comprende los intereses y las necesidades de otros, o que sabe argumentarlos de tal manera que el resto de la población los acepte. Eso no es algo que se da por casualidad, que se da sin una formación, sin una preparación previa acerca de esta problemática. Entiendo que eso es algo esencial en la educación en que tenemos que pensar.

La formación de gobernantes

Es difícil convertir las cuestiones referidas en temas educativos. Son expresiones de deseos. Lo dificultoso es que la educación se oriente en esta línea. Que se oriente, por ejemplo, en la línea de saber que estamos formando personas que van a ser gobernantes. Una profesora norteamericana, que ha escrito un libro muy interesante sobre educación democrática, Amy Goodman, empieza recordando algo que dice Aristóteles en su *Política*: “Para ser gobernante, antes hay que haber sido gobernado”. Por eso, es un absurdo y una tontería esta idea de la educación como un procedimiento democrático desde el comienzo. Como si en una clase el profesor y los niños estuvieran todos estudiando en el mismo plano democrático, no es verdad; la educación es una preparación para la democracia. Pero dentro del aula no se da la democracia, porque no hay democracia entre el que sabe y el que no sabe, entre el que está dirigiendo la clase y el que tiene que recibir la orientación de la clase. De la misma manera que no hay democracia entre los padres y los hijos; puede haber muchas relaciones positivas, pero no es una relación democrática. La democracia es una relación de igualdad, y allí esta última no se da. Existe una igualdad humana, pero no una igualdad en cuanto a las funciones que se cumplen dentro del aula.

En el aula hay que preparar para la democracia. Muchas veces, preparar para la democracia implica, precisamente, haber sido gobernado, haber sido súbdito, en un momento determinado, de una autoridad que no tiene por qué ser una tiranía. La educación se basa en la autoridad. Como

ustedes recuerdan, la palabra “*auctoritas*” viene del latín “*augeo*”, que significa “ayudar a crecer”, “hacer crecer”. La autoridad bien entendida es la que ayuda a las personas a crecer. Es exactamente lo contrario de la tiranía, porque lo que quiere el tirano es que todo el mundo se quede en una minoría de edad permanente, convertido en niño. La autoridad es lo opuesto de la tiranía, porque la persona que ejerce su autoridad es la que nos ayuda a crecer en conocimiento, en virtud, en ciudadanía o en lo que sea. En cambio, el tirano es el que bloquea nuestro conocimiento y nuestra posibilidad de intervenir en política.

Lo que decía o indicaba Aristóteles y lo que recoge Amy Goodman, modernizando mucho más la idea, es que las personas que vamos a ejercer después el gobierno tenemos que haber pasado por la fase de comprender lo que significa ser gobernado y lo que implica estar en una relación en la cual, de alguna manera, uno es guiado por otros, es dirigido, es informado, recibe el modelo de vida de otros. Eso es esencial para que lleguemos luego a gobernar, porque toda la educación democrática es educación de príncipes, es educación de gobernantes. Cuando uno está educando, no está simplemente preparando gente para que desempeñe un oficio, o para que sepa ganar dinero, o para que se someta a unas rutinas sociales: está preparando a los gobernantes que van a dirigir el país, que son todos los ciudadanos.

Deberíamos concebir la educación de cada uno de los ciudadanos educados democráticamente como si nuestro futuro político dependiera de él, como si nosotros dependiéramos de que esa persona fuera la poseedora de los conocimientos, la voluntad, la capacidad de persuasión y de ser persuadido suficientes como para

que nuestro futuro con él estuviera asegurado. ¿Y en qué país o en qué democracia la educación realmente se considera así? Corremos el riesgo de que la educación se convierta —y en muchos lugares es esto lo que sucede— en un privilegio precisamente para las personas que, de alguna manera, menos la necesitan. Porque el individuo que ha tenido la suerte y el privilegio de nacer en una familia acomodada, donde hay libros, música, cultura, palabra, etc., en cierta medida, lleva ya recorrida buena parte del camino educativo. Pero quien nace, en cambio, en una familia en la que no hay libros, ni casi lenguaje, ni aprecio por la cultura, y quizá no tenga ni siquiera una estructura familiar tal como la podemos entender, esa persona sí que cuenta exclusivamente con la sociedad para prepararse y para desarrollar el gobernante que hay en él. Es la sociedad la que no debe abandonarla. Esas personas, que son, por lo general, las que tienen menos recursos para poder pagarse una buena educación privada, ésas son precisamente las que más la necesitan.

Incluir a los excluidos

La persona que por su estrato social, por haber llegado recién al país en malas condiciones, o por cualquier otra razón, no tiene posibilidad de acceso personal a la educación, es justamente quien más la requiere de los poderes públicos. Y, por desgraciada, en buena medida eso no ocurre, o tendemos a que la educación sea una educación “cinco estrellas”, como los restaurantes, para quien pueda pagársela, pero luego va disminuyendo y, al final, lo que queda ya, simplemente, casi al alcance de todos, es una especie de “mcdonalización” de la educación, una especie de

“*fast-food education*” en que se enseña tan sólo a no morder y a obedecer a los demás, y ya con eso se ha cumplido.

Esto es lo contrario de la educación que habría que fomentar, porque lo importante es que la educación es el instrumento revolucionario que sin sangre y sin violencia puede existir dentro de una sociedad. Las sociedades revolucionan o bien por la fuerza, la violencia y el enfrentamiento, o bien por la educación. Porque la educación, en sí misma, es una lucha contra la fatalidad social, contra la fatalidad que hace que el hijo del pobre tenga que ser siempre pobre, que el hijo del ignorante tenga que ser siempre ignorante, que la mujer que ha nacido de una mujer que no sabe leer, tampoco sepa leer, etc. Es contra todas esas fatalidades que se levanta la educación.

¿Educación pública o privada?

En muchos países europeos —por supuesto, también en España— se ha planteado el debate entre educación pública, educación privada, educación costeada con fondos públicos, educación concertada con fondos privados; este es un largo debate. En mi opinión, es fundamental que la educación tenga una dimensión costeada con fondos públicos, por la sencilla razón de que quienes más la necesitan no se la pueden pagar.

En cualquier caso, sea pública, privada o como quiera plantearse, la educación, en cuanto preocupación social, es siempre pública; en cuanto problema social, es siempre pública. Nunca es el problema de papá y mamá, del nene y la nena: es siempre un problema público. Aunque uno no tenga hijos en edad de educarse, aunque uno no pertenezca al gremio de

la educación, la educación tiene que ser un problema. Estoy convencido de que, socialmente, éste es el verdadero problema: en manos de quién estamos, estamos en manos de aquellos que educamos.

En alguna ocasión escribí que la democracia educa en defensa propia. Una democracia que no educa está, de alguna manera, creando los enemigos o los elementos que la van a destruir. Es imprescindible, si de verdad queremos que la democracia no sea un nombre ni una cáscara vacía, apostar por la educación, insistir en el elemento educativo. Porque ése es el fundamento que hace genuina la democracia, que crea personas capaces de transformar crítica, creativamente, a la sociedad por medio de los sistemas democráticos. Eso puede ocurrir, pero sólo si la mayoría de las personas tienen una capacitación suficiente para ello. Si esto último no sucede, evidentemente, aquello otro tampoco se puede dar.

En definitiva, lo que se intenta es crear o difundir humanidad. Pero humanidad no solamente entendida como una descripción de la especie, la especie humana a la que todos pertenecemos, sino como un valor. Cuando hablamos de humanidad, no hablamos sólo de que compartimos unas características biológicas o unas determinaciones dadas, sino de que también compartimos, de alguna forma, cierto ideal, cierto proyecto de reconocimiento de los seres humanos unos por otros. Y eso va a ser cada vez más imprescindible.

El fantasma de los muertos

Hoy vivimos en el mundo algo más de 6 billones de personas. Si la población sigue

aumentando —algunos demógrafos dicen que puede seguir aumentando el número de seres humanos—, entonces se daría un fenómeno sorprendente. Según los demógrafos, si continúa el crecimiento de la población, a finales del siglo que acabamos de iniciar, por primera vez en la historia, habrá más seres humanos vivos que los que han muerto desde el comienzo del mundo. Es decir, por primera vez seremos más los vivos que los muertos, pues esto nunca ha pasado. Sé que los romanos, por ejemplo, cuando alguien se moría, decían: “Se fue con la mayoría”. Y es verdad. El acto más democrático del mundo es morirse, pues uno se va con la mayor cantidad de gente que hay.

Si esto se cumple, si es cierto lo que dicen los demógrafos, por primera vez nacer será entrar a la mayoría, no lo será morir. Y esto puede tener importancia porque, si las sociedades no avanzan, o no lo hacen en la línea que nosotros quisiéramos, es porque de algún modo los muertos las frenan. Los rencores de los muertos, las ambiciones de los muertos, las injusticias acumuladas y los agravios de los muertos, frenan a las sociedades. Como en aquella famosa novela de Joseph Conrad, *La línea de sombra* (1917), en que el capitán del barco, un joven que quiere llevar la embarcación a puerto, cuenta que no lo puede hacer porque lo retiene el viejo capitán, que está en el fondo del mar.

De alguna forma es así: son los muertos los que detienen la posibilidad de una auténtica transformación de la humanidad. Y nosotros estamos librando, en muchos casos, las batallas de los muertos y de los prejuicios de los muertos. Si en algún momento, en realidad, fueran más los vivos, y si los vivos lograran crear, por la vía de la educación, una reflexión sobre sus condi-

ciones sociales y sobre lo que compartimos —que no fuera simplemente la repetición del pasado—, entonces, quizá viviríamos algo sorprendente del mundo.

El porqué de la inseguridad

Hoy estamos obsesionados, con razón, por la seguridad, se habla de la seguridad y la inseguridad del mundo. Pero es evidente —y cualquier persona, reflexionando un poco sobre lo que nos rodea, se da cuenta— que las sociedades son tanto más seguras cuanto más justas y más equilibradas. No hay nada que favorezca más la inseguridad que el desequilibrio y la injusticia. Compáren ustedes lo que ocurre en un país que tiene relativamente pocas posibilidades, pocas riquezas, como Holanda, por ejemplo, y en un país lleno de riquezas y de posibilidades como Colombia, por oponer dos casos extremos.

¿Qué es lo que hace que unos países sean tanto más seguros que otros? Normalmente, no la justicia en el sentido metafísico, la justicia perfecta, sino cierto equilibrio, una correlación entre la información y la preparación democrática. Eso es lo que crea seguridad. Sinceramente, confío poco en la seguridad que se consigue bombardeando países. Confío mucho en la seguridad que se logra educando a las personas, a los ciudadanos y a las jóvenes generaciones. Educar con esa paradoja que significa la educación. Y todos los educadores la conocemos.

Es que nosotros tenemos que educar para que los educados sean mejores que nosotros. Yo, que nací y crecí en una dictadura, tengo que preparar a las personas para que vivan en democracia. Y los maestros, que somos sumamente

imperfectos, que probablemente somos representantes de ese mundo antiguo, de ese mundo de los muertos, tenemos que educar para que las generaciones nuevas se liberen de esas cargas y logren romper esos lazos que nosotros quizá no hemos sabido romper. Ésta es la gran paradoja de la educación, y es lo que la hace, en mi opinión, a la vez valiosa, preciosa y frágil. De ahí la importancia de la ciudadanía en el respaldo a la educación.

Porque los maestros y los profesores somos, en todos los países, una clase muy sobrecargada de demandas sociales. Es decir, los países se preocupan poco de los maestros; no de los grandes profesores universitarios, sino de los maestros que están con niños y jóvenes o con adolescentes, que son los educadores fundamentales. Porque quienes damos clase en la universidad recibimos a personas ya hechas y derechas. Podemos ayudarlas más o ayudarlas menos, pero su educación ya no depende en lo básico de nosotros. Son los primeros maestros los fundamentales. Y a esos maestros no los escucha nadie. A esos maestros se los invoca cuando hay un caso de violencia, de xenofobia, de fanatismo religioso, de lo que se quiera; se dice: “Eso hay que combatirlo con la educación, eso es una cuestión de educación”. Pero al maestro, que es el que tiene que hacer esa labor que luego se considera imprescindible, no se le hace caso, no se le presta verdadera atención social.

La participación, una premisa
insoslayable

Considero que los ciudadanos de todos nuestros países tienen que intervenir para reivindicar la importancia de la educación,

no sólo como medio de formación o preparación de personas capaces de trabajar, de ganar dinero, de hacer una tarea útil en la sociedad. Todo es útil, es una pretensión muy justa y muy lógica; pero no es, ni mucho menos, el único papel que tiene la educación. La educación tiene la función de preparar a esos gobernantes, de empezar gobernando a quienes luego van a ser gobernantes. Y ésa es la enseñanza que permite procesar la información y no perderse en ella: persuadir, entrar en el mundo de la argumentación y recibir la persuasión de los otros, la que convierte a las personas en comunicables unas con otras, no en compartimientos estancos impermeables, no en personas que no tienen nada que ver, porque las de una etnia no tienen nada que ver con las de la etnia vecina, las de un sexo no tienen nada que ver con las del otro sexo. Es decir, no crear lo contrario de la educación, no crear identidades inabordables para los demás.

Los seres humanos no podemos ser incomprensibles los unos para los otros, y todo lo que refleja la imagen de impenetrabilidad de unos grupos por otros, de unas religiones por otras, de unas razones por otras, de unas etnias por otras, va en contra de la educación humanista, de la educación democrática. Todo lo que forma identidades y grupos orgullosos de ser incomprensibles y cerrados para los demás va en contra de la formación de una sociedad democrática, y es imprescindible que esa cultura democrática se forme a lo largo de la educación. Me parece que eso es más importante hoy, en nuestra época, que en otras, y es, además, la vía para reivindicar la verdadera seguridad, que no puede ir separada de la justicia, que no puede ir separada del equilibrio,

que lucha contra la ignorancia y contra la miseria en nuestras sociedades.

No son grandes verdades las que he querido transmitirles, son cosas que probablemente ustedes saben igual que yo, pero en un mundo donde todos hablan de las cosas que pasan, los filósofos estamos profesionalmente destinados a hablar de las cosas que no pasan, de las que quedan, de las que están ahí, de las que la gente olvida. Los filósofos nos encargamos de recordarnos, por si a alguien le viene bien.

Algunas cuestiones fundamentales

¿Es cara la educación? Suele decirse que la educación simplemente es cara, cuesta dinero. No es fácil educar sin invertir, y por eso la inversión tiene que ser prioritaria en los países que tienen en cuenta la importancia de la educación. Porque educar cuesta mucho, pero no educar cuesta todavía más. A la larga sale mucho más caro no educar que educar. En el fondo, educar es mucho más rentable para un país que no educar. Me he centrado fundamentalmente en hablar de una educación académica, por decirlo así: de escuelas, institutos y universidades, en último término. Pero en una sociedad democrática todos somos, en una medida o en otra, educadores unos de otros. Por supuesto, se educa en las familias —como es natural— y ello está bien. No hay que pensar nunca que la educación académica sustituirá la relación educativa que pueden tener los padres o los responsables adultos de una familia con los niños o los jóvenes. La idea, muy de nuestra época, de que uno paga por quitarse las preocupaciones de encima: “No, yo ya he pagado y ahora no tengo tiempo”, no tiene cabida en la

educación. Uno puede pagar, pero a la vez tiene que colaborar en ella. No sólo la familia o el mundo académico sino los medios de comunicación también son educativos, tienen una dimensión educativa además de informativa, de lúdica; también tienen una dimensión pedagógica, en una medida o en otra —a veces, negativamente pedagógica, como ya sabemos.

Los políticos y los hombres públicos también tienen una dimensión pedagógica. Todas las personas que están de alguna manera expuestas a los ojos de las demás pueden tener una dimensión ejemplar o ejemplarizadora. Todas ellas tienen una dimensión pedagógica para la sociedad, a veces, negativa; hay que ser conscientes de esto. Y considero que el apoyo que podemos dar a esas sociedades es el apoyo en información, el apoyo en métodos educativos, porque una educación de masas y democrática es algo que todavía está inventándose. Antes, la educación era una cosa muy selecta para pequeños grupos, para pocas personas. Hoy, el problema es cómo se instrumentaliza una educación para grandes masas, para grandes cantidades de personas, que tengan una educación de primer orden, pero, a la vez, que pertenezcan a grupos muy heterogéneos —heterogéneos culturalmente, racialmente, etcétera.

Entonces, los métodos educativos, de alguna manera, se están inventando. Nadie los tiene ya hechos, ni se consiguen finalmente con dinero. La transmisión de sistemas, de ejemplos y de modelos de educación, de modelos de depuración de los medios informativos de manera que tiendan a reforzar la cultura democrática, en vez de socavarla: ésa es la forma de colaboración de unos países con otros.

Los logros en cada uno de esos campos no deben quedar encerrados, sino que tienen que ser transmitidos; debemos ser un poco “maestros sin fronteras”, además de “médicos sin fronteras”.

Qué hacer con la desesperanza. El problema de la desesperanza o el pesimismo estriba en qué arreglamos con la desesperanza. Hay una milonga argentina que dice “Muchas veces la esperanza son ganas de descansar”. Me atrevo a afirmar que, muchas veces, la desesperanza también son ganas de descansar. Las personas de mi conocimiento que no hacen nada son de dos tipos. Unos son los optimistas, que dicen: “Todo se arreglará solo”, “Eso es cuestión de tiempo”, “No te preocupes, que todo se arreglará”. El tiempo arregla tan pocas cosas como el espacio: no arregla nada. Esos son los optimistas. Y otros son los desesperados: “Es inútil, qué vas a hacer...”. En los dos casos la cuestión es la misma. Se van tan tranquilos a cenar o a cumplir con sus ocupaciones... Unos, contentos con su optimismo; otros, contentos con su pesimismo, y ambos, convencidos de que no hay nada que hacer.

Nuestro mundo es terrible porque pasa esto. En algunos países, la esperanza reside en que, como queda mucho por hacer, podemos pensar que ahora vivimos mal porque no hemos hecho bien esa tarea, y que lo mejor es, más que desesperarnos y lamentarnos, poner manos a la obra para intentar resolverlo.

El papel de profesores y maestros. Uno de los principales problemas que tenemos todos los profesores y maestros es que sabemos que no podemos enseñar lo mismo que nos enseñaron. Buena

parte de las cosas que aprendimos no son válidas ya, o se han transformado, o hay que plantearlas de otra forma. El maestro tendría que estar reciclando constantemente sus conocimientos y poniéndolos al día. Es también uno de los aspectos por los que se habla del precio de la educación. Porque un maestro no puede ser una persona que obtiene su puesto y no hace más que repetir, como un disco rayado, todos los días lo mismo: tiene que ser alguien que disponga de momentos apartados de la docencia, de unos meses de tranquilidad y descanso para poder reflexionar sobre sus conocimientos, para ponerse en contacto con otras personas y renovarlos. Eso nos ocurre a todos. Es imprescindible que renovemos nuestros conocimientos. Esto es parte del costo de la educación, porque hay que contar con un maestro que sustituya al otro mientras está renovando o reciclando sus conocimientos. En cualquier caso, muchísimas cosas, opiniones y formas de ver han ido cambiando, aparte de las que he podido ir transformando en mi propia vida y en mi propia experiencia; pero los conocimientos objetivos también han cambiado en muchísimos aspectos.

La situación en Latinoamérica. Una vez le preguntaron a Churchill: “¿Qué piensa usted de los alemanes?”, y él respondió: “No sé, no los conozco a todos”. Si me preguntan qué pienso de Latinoamérica, puedo decir que la conozco en alguna medida, pero no, por cierto, hasta el punto de poder dar un juicio único, porque —como muy bien se sabe— los países hispanoamericanos son muy diferentes, están en situaciones muy distintas y tienen trayectorias históricas diferentes. En líneas generales, lo que se puede decir es que

la debilidad de la sociedad civil —una sociedad civil que es, precisamente, el núcleo que se forma en la educación y sobre el cual la educación revierte— ha sido la que ha producido una serie de movimientos y desplazamientos sociales muy conocidos. Sin duda, la educación es importante, imprescindible, para la transformación y regeneración de un país, pero no me parece que sea el único elemento. Tampoco debemos caer en el error de pensar que la educación es inútil, o útil tan sólo para formar profesionales, ni creer ingenuamente en una especie de omnipotencia de la educación. Hay estructuras económicas y justicias de otros órdenes, y abusos y prepotencias de militares o de grupos violentos; y todo eso también es un problema. Sin embargo, obviamente, no todo problema es una mera cuestión de educación. La educación es parte de la solución de todos los problemas, pero no toda la solución de todos los problemas.

Por lo que me dicta la experiencia —llevo treinta años visitando países americanos para intentar comunicar y aprender cosas en el plano educativo—, la importancia de la educación en la actualidad es evidente. En países que están experimentando transformaciones positivas, como Brasil, todos sabemos que es indispensable y muy importante no sólo la buena voluntad de un gobernante que diga lo que hay que hacer, sino de un país capaz de comprender los mensajes que se le dan y de colaborar y participar en ellos. Sin eso no se consigue nada. Ya no es concebible la imagen, muy española, de un gobernante iluminado que dice lo que hay que hacer y entonces ya cambia todo el universo. Es preferible un gobernante que sepa lo que hay que hacer, a otros que

no saben o que piensan lo contrario. Sin embargo, es evidente que sin un pueblo capaz de aprovechar y de apoyar esas ideas, todas ellas quedan en la nada. De modo que la educación, en ese sentido, es esencial, aunque no lo único.

Educación, ciudadanía, democracia. Respecto de estas cuestiones, hay una premisa fundamental: una cosa es una buena formación en economía o en una ciencia concreta, y otra cosa es la educación. El mundo está lleno de personas que saben muchísimo de física y que son malísimos ciudadanos y personas perversas. No confundamos conocimientos con malicia y perversidad. La Alemania de Hitler tenía un nivel científico y de preparación enormemente más elevado que muchos otros países, pero eso no garantizaba que hubiera una educación ciudadana. Por eso insisto en la idea de una educación para la ciudadanía. Si una educación para la ciudadanía no incluye los valores de la solidaridad, los valores de la igualdad democrática, etc., puede formar personas competentes en espacios determinados, pero eso no quita que éstas puedan ser muy peligrosas en el control del país, porque el país no es un banco, no es simplemente un sistema de objetos. Quizá se podría decir, con cierta ingenuidad: una cosa es la ciencia que enseña a manejar y a vérselas con los objetos, y otra es la ciencia que enseña a convivir con los sujetos. Lo que necesitamos es una educación que enseñe a convivir con los sujetos, no sólo a manejar objetos. Hay gente muy competente en hacer cálculos, pero no en crear complicidades sociales, está, por supuesto, el tema de la impunidad. En una democracia, uno de los valores sociales por excelencia es la igualdad de la justicia y

su funcionamiento, pero no como un mecanismo que sólo permite pescar peces pequeños y deja que los grandes se escapen, sino que sostiene un criterio de igualdad en la aplicación de las leyes.

Mientras haya países —y desgraciadamente en América los hay— donde se sepa que a determinado nivel ya no se es posible de sanción, donde a ciertas personas nada les puede ocurrir porque están más allá del bien y del mal, y únicamente la

buena voluntad del gobernante es la que les permite hacer más barbaridades o menos, pero ya nadie va a intentar aplicarles la legalidad, ahí hay un defecto esencial de cultura democrática. La cultura democrática reside en que el más alto dignatario, por poderoso y potente que sea, pueda ser juzgado y procesado en un momento determinado, cuando sea necesario. Si no, estamos ante una grave deficiencia.



Fernando Savater nació en San Sebastián, Guipúzcoa, en 1947. Ha sido catedrático de Ética en la Universidad del País Vasco y actualmente lo es de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, donde imparte la asignatura de Filosofía y Literatura. Ensayista, periodista, novelista y dramaturgo, ha publicado más de 45 libros, algunos de los cuales han sido traducidos a una docena de lenguas. Los más conocidos son *La infancia torpedeada*, *Ética para Amador*, *Diccionario filosófico*, *El valor de educar*, *Las razones del antimilitarismo y otras razones* y *Contra las patrias*. Entre otros galardones ha recibido el Premio Nacional de Ensayo, el Premio Anagrama, el Premio Cuco Cerecedo, otorgado por la Asociación de Periodistas Europeos, y quedó finalista del Premio Planeta con su novela *El jardín de las dudas*, centrado en la figura de Voltaire.

Su trayectoria está íntimamente ligada a agrupaciones y movimientos de defensa de las libertades, los derechos humanos, y oposición al terrorismo a través de la plataforma ¡Basta Ya! En diciembre de 2002, Savater recogió el premio Sajarov de la Unión Europea en reconocimiento a la labor realizada por ¡Basta Ya! Es la primera vez que este galardón recae en un colectivo español. Su autobiografía, *Mira por dónde*, se publicó en 2003.

Fotografía: Unidad de Fotografía del BID

Traducción y edición: Sección de Información Pública y Publicaciones del BID

Diseño: Global Printing Inc.

Otras publicaciones disponibles de la Serie *Encuentros*:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
Diálogo con José Donoso, novelista chileno,
autor de *Casa de Campo*.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Germán Arciniegas, periodista, historiador
y diplomático colombiano.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Rigoberta Menchú, líder indígena
guatemalteca y Premio Nóbel de la Paz
en 1992.
No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Annick Sanjurjo Casciero, historiadora
paraguaya.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Alfonso Sastre, dramaturgo español.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Edward Villella, bailarín estadounidense,
director artístico del Ballet de la Ciudad
de Miami.
No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Zee Edgell, novelista beliceña,
autora de *Beka Lamb*.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*
Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga
ecuatoriana.
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente
y función en las artes de Japón*
Ann Yonemura, curadora norteamericana
de arte japonés de las Galerías Freer
y Sackler de la Institución Smithsonian.
No. 10, marzo de 1995.
- *Hacia el fin del milenio*
Homero Aridjis, poeta mexicano,
ganador del Premio Global 500 de las
Naciones Unidas.
No. 11, setiembre de 1995.
- *Haití: una experiencia de dos culturas*
Edwidge Danticat, novelista haitiana,
autora de *Krik! Krak!*
No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*
Bernard McGinn, teólogo norteamericano de
la Universidad de Chicago.
No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y
materialidad (siglos XVI - XVIII)*
Manuel Burga, sociólogo peruano de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos,
Lima.
No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha
por el poder interpretativo*
Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la
Universidad de Stanford.
No. 15, marzo de 1996.

- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl*
David Carrasco, historiador norteamericano de la Universidad de Princeton.
No. 16, junio de 1996.
- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*
Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.
No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.
No. 18, noviembre de 1996.
- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.
No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*
Roberto Sosa, poeta hondureño.
No. 20, mayo de 1997.
- *La arquitectura como un proceso viviente*
Douglas Cardinal, arquitecto canadiense del Museo Nacional del Indio Americano en Washington D.C.
No. 21, julio de 1997.
- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
Daniel Catán, compositor mexicano de ópera, incluyendo *Florencia en el Amazonas*.
No. 22, agosto de 1997.
- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI*
Earl Lovelace, novelista de Trinidad y Tobago y ganador del premio de la Mancomunidad Británica para escritores en 1997.
No. 23, enero de 1998.
- *De vuelta del silencio*
Albalucía Angel, novelista colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano.
No. 24, abril de 1998.
- *Como se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina*
Roberto Suro, periodista estadounidense del *Washington Post* en Washington D.C.
No. 25, mayo de 1998.
- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes*
Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá
No. 26, julio de 1998.
- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson*
Cynthia McLeod, novelista surinamesa y autora de *El caro precio del azúcar*.
No. 27, agosto 1998.
- *Un país, una década*
Salvador Garmendia, escritor venezolano, ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura.
No. 28, setiembre de 1998.
- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Española en Panamá.
No. 29, setiembre de 1998.

- *Hecho en Guyana*
Fred D'Aguiar, novelista guyanés, ganador del Premio Whitbread y el Premio Malcolm X de Poesía.
No. 30, noviembre de 1998.
- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*
Sergio Ramírez, escritor nicaragüense, Vicepresidente de su país, autor de *Margarita, está linda la mar*.
No. 31, mayo de 1999.
- *Mito, historia y ficción en América Latina*
Tomás Eloy Martínez, escritor argentino, autor de *Santa Evita*.
No. 32, mayo de 1999.
- *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*
Leopoldo Castedo, historiador español-chileno.
No. 33, setiembre de 1999.
- *El Salvador y la construcción de la identidad cultural*
Miguel Huezco Mixco, periodista y poeta salvadoreño.
No. 34, octubre de 1999.
- *La memoria femenina en la narrativa*
Nélida Piñon, novelista brasileña, autora de *República de los sueños*.
No. 35, noviembre 1999.
- *Le Grand Tango: la vida y la música de Astor Piazzolla*
María Susana Azzi, antropóloga cultural argentina y miembro del directorio de la Academia Nacional del Tango en Buenos Aires.
No. 36, mayo de 2000.
- *El fantasma de Colón: el turismo, el arte y la identidad nacional en las Bahamas*
Ian Gregory Strachan, profesor de inglés en la Universidad de Massachusetts en Dartmouth, y autor de la novela *God's Angry Babies*.
No. 37, junio de 2000.
- *El arte de contar cuentos: un breve repaso a la tradición oral de las Bahamas*
Patricia Glington-Meicholas, presidenta fundadora de la Asociación de Estudios Culturales de las Bahamas, y ganadora de la Medalla Independence de Bodas de Plata en Literatura.
No. 38, julio de 2000.
- *Fuentes anónimas: una charla sobre traductores y traducción*
Eliot Weinberger, editor y traductor de Octavio Paz, y ganador del premio PEN/Kolovakos por su labor como promotor de la literatura hispánica en los Estados Unidos.
No. 39, noviembre de 2000.
- *Trayendo el arco iris a casa: el multiculturalismo en Canadá*
Roch Carrier, director del Consejo Canadiense para las Artes (1994 -1997), y el cuarto Director de la Biblioteca Nacional de su país.
No. 40, febrero de 2001.
- *Una luz al costado del mundo*
Wade Davis, explorador residente de la National Geographic Society y autor de *The Serpent and the Rainbow* [La serpiente y el arco iris] y *One River* [Un río].
No. 41, marzo de 2001.

- *Como nueces de castaña: escritoras y cantantes del Caribe de habla francesa*
Brenda F. Berrian, profesora de la Universidad de Pittsburgh y autora del libro *That's the Way It Is: African American Women in the New South Africa*.
No. 42, julio de 2001.
- *El capital cultural y su impacto en el desarrollo*
Camilo Herrera, sociólogo colombiano; en 2000 fundó y dirige el Centro de Estudios Culturales para el Desarrollo Político, Económico y Social, en Bogotá.
No. 43a, octubre de 2001.
- *La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales*
Basado en el artículo de Ronald Inglehart, profesor de Ciencias Políticas y director de Programa en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan; y Wayne E. Baker, profesor asociado en el Instituto de Investigación Social.
No. 43b, febrero de 2002.
- *Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina*
Néstor García Canclini, destacado filósofo y antropólogo argentino, ganador del Premio Casa de la Américas (1981) y director del programa de Estudios Culturales Urbanos en la UNAM, Iztapalapa, México.
No. 43c, abril de 2002.
- "Downtown" *Paraíso: reflexiones sobre identidad en Centroamérica*
Julio Escoto, novelista hondureño ganador del Premio Nacional de Literatura (1974), el Premio Gabriel Miró de España (1983) y el Premio José Cecilio del Valle de Honduras (1990).
No. 44, enero de 2002.
- *El arte y los nuevos medios en Italia*
Dr. Maria Grazia Mattei, con notas del artista Fabrizio Plessi. La Dra. Mattei es una experta en las nuevas tecnologías de la comunicación; en 1995, fundó MGM Digital Communication, un estudio de investigación y desarrollo especializado en la cultura digital en la ciudad de Milán.
No. 45, febrero 2002.
- *Definiendo el espacio público: la arquitectura en una época de consumo compulsivo*
Rafael Viñoly, arquitecto uruguayo, finalista en el concurso de diseño del nuevo "World Trade Center" y diseñador de la nueva expansión del "John F. Kennedy Center for the Performing Arts" en Washington, DC.
No. 46, mayo de 2003.
- *Artesanías y mercancías: las tallas oaxaqueñas en madera*
Dr. Michael Chibnik, profesor de Antropología de la Universidad de Iowa, conferencia basada en su libro *Crafting Tradition: The Making and Marketing of Oaxacan Wood Carving*, University of Texas Press, 2002.
No. 47, mayo de 2003.

- *Educación y ciudadanía en la era global*
Dr. Fernando Savater, filósofo y novelista
español, y catedrático de Ética en la
Universidad Complutense de Madrid.
No. 48, octubre 2003.

○ Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.

Banco Interamericano de Desarrollo

CENTRO CULTURAL DEL BID

1300 New York Avenue, N.W.

Washington, D.C. 20577

Estados Unidos de América

Tel: (202) 623-3774

Fax: (202) 623-3192

IDBCC@iadb.org

www.iadb.org/cultural/